



**Discurso de aceptación del Lic. Marcos Metta Cohen  
en la investidura del  
Doctorado *Honoris Causa* por parte de la Universidad Hebreaica**

**20 de abril de 2026**

**Universidad Hebreaica**

Muy distinguidas autoridades de la Universidad Hebreaica, admirado Dr. Cipriano Sánchez García, L.C., adorada familia, queridas amigas y amigos, buenas tardes.

Quisiera comenzar con una imagen que me acompaña esta tarde. Hace poco más de un siglo, mis cuatro abuelos partieron de Damasco rumbo a México, llevando consigo lo esencial: la fe, la familia, las tradiciones y valores de su vida judía; la esperanza de encontrar un mejor horizonte para ellos y sus descendientes, y la certeza de que la educación es la única herencia que ningún exilio puede arrebatarse. Hoy, al recibir este Doctorado *Honoris Causa* que me confiere el Consejo Universitario de esta prestigiada Casa de Estudios, pienso inevitablemente en ellos. Porque este reconocimiento, más que un punto de llegada, es un eslabón en una cadena que ellos comenzaron a forjar y que a nuestras generaciones nos corresponde seguir tejiendo.

Recibo esta distinción con profunda emoción, pero —debo decirlo con honestidad— con un sentido de responsabilidad que pesa aún más que el orgullo. Porque honores como este

no se limitan a celebrar lo recorrido: nos confrontan con una pregunta más exigente: ¿Qué estamos dispuestos a seguir construyendo a partir de aquí?

Mi gratitud más profunda a la Universidad Hebrea, institución a la que admiro y que encarna con claridad una idea que considero esencial: que la educación no es un fin en sí mismo, sino la herramienta más poderosa para transformar al ser humano y, a través de él, a la sociedad.

El Rabino Lord Jonathan Sacks lo expresó con precisión inolvidable: “La educación es la conversación entre generaciones” (Future Tense, 2009). En esa frase, aparentemente simple, late una verdad fundamental: educar no es únicamente transmitir conocimiento; es construir continuidad, formar identidad, proyectar futuro. Es, en su sentido más alto, un acto de responsabilidad intergeneracional.

Estimado Padre Cipriano, es un verdadero privilegio compartir con usted este reconocimiento. Hemos coincidido en el Consejo de la Cátedra Shimon Peres por la Paz, un espacio donde el diálogo no era una aspiración teórica, sino una práctica exigente y profundamente fecunda. Su trayectoria es testimonio de lo que significa educar en su dimensión más elevada: no como acumulación de información, sino como formación integral de la persona; no para preparar al éxito, sino para despertar la conciencia. Y es precisamente ahí donde nuestras visiones se encuentran.

Porque si algo caracteriza a nuestro tiempo no es la falta de información, sino la ausencia de criterio para discernirla; no es la escasez de voces, sino la creciente incapacidad para escucharnos. En ese contexto, la educación —la verdadera educación— deja de ser importante y se vuelve, sencillamente, indispensable.

Martin Buber afirmaba que “todo vivir auténtico es encuentro” (Yo y Tú, 1923). Y, sin embargo, vivimos un tiempo en el que el encuentro escasea; un tiempo en el que las diferencias —que deberían ser fuente de riqueza— se han convertido en motivo de ruptura, y en el que el otro ha dejado de ser interlocutor para convertirse, con demasiada frecuencia, en adversario. Frente a ello, la advertencia de Elie Wiesel adquiere una vigencia inquietante: “Lo contrario del amor no es el odio; es la indiferencia” (Discurso al recibir el Premio Nobel de

la Paz, 1986). Y la indiferencia, quizás, es la forma más peligrosa de fractura social: aquella en la que el otro, sencillamente, deja de importar.

Por eso, el diálogo ya no puede ser entendido como una opción: es una responsabilidad ética, y la educación es la condición que lo hace posible. Educar implica formar personas capaces de pensar con rigor y de cuestionar con honestidad; capaces de sostener la complejidad sin caer en la simplificación; capaces de disentir sin destruir, de debatir sin deshumanizar y de construir sin excluir.

Permítanme decir algo que no siempre se dice con la claridad que merece. Una de las grandes tentaciones de nuestro tiempo —y muy en particular en los espacios de liderazgo comunitario— es refugiarse en lo conocido: repetir prácticas heredadas, administrar la inercia como si fuera convicción, privilegiar —en nombre de una supuesta unidad— la uniformidad. Evitar el conflicto. Aplazar la conversación difícil. Tolerar formas de exclusión, a veces sutiles y a veces no tanto, hacia quienes piensan, viven, aman o creen distinto.

Pero eso no es unidad. Es fragilidad disfrazada de consenso.

Avraham Infeld, uno de los grandes pensadores de la educación judía contemporánea, lo ha formulado de un modo memorable: “unidad no significa uniformidad”. Asumir esa idea en serio implica algo mucho más exigente: estar dispuestos a incomodarnos; abrir espacios reales de inclusión; cuestionar nuestras propias estructuras y reconocer que muchas de nuestras prácticas —por tradición, por costumbre o por simple inercia— han dejado de ser suficientes y, en algunos casos, han dejado incluso de ser justas.

Por eso quiero hoy hacer un llamado respetuoso pero firme a quienes ejercen liderazgo comunitario, y muy especialmente a quienes están comenzando a asumirlo: no emulen sin cuestionar; no repitan por inercia; no administren estructuras como si fueran verdades permanentes. Atrévase a pensar. Atrévase a proponer. Atrévase a transformar. Porque el mundo que viene no responderá a las lógicas del pasado, y nuestras comunidades, si quieren seguir siendo relevantes, tendrán que evolucionar con valentía. No para perder su esencia, sino para preservarla a través de su renovación.

Hoy estoy convencido de algo fundamental: no podemos seguir educando para un mundo que ya no existe, ni formar a las nuevas generaciones con herramientas del pasado para

enfrentar los desafíos del futuro, y no podremos aspirar a construir comunidad si antes no somos capaces de formar personas con identidad, con criterio, con sensibilidad y con propósito.

En ese mismo sentido, también la filantropía está llamada a evolucionar. No puede limitarse a la generosidad espontánea: debe convertirse en una herramienta estratégica de transformación. Invertir en educación, en liderazgo y en comunidad no es una opción virtuosa; es una necesidad urgente si queremos incidir, de manera significativa, en el futuro.

Shimon Peres decía que “el mayor aporte de los judíos a la historia es la insatisfacción. Nunca estamos satisfechos” (No Room for Small Dreams, 2017). No la insatisfacción entendida como inconformidad estéril, sino como esa tensión productiva entre lo que existe y lo que aspiramos a construir, motor silencioso de toda transformación auténtica.

A lo largo de más de cuatro décadas de vida comunitaria, he tenido el privilegio de participar en múltiples iniciativas, proyectos e instituciones. Pero también he aprendido que los logros individuales son inevitablemente limitados y que son las construcciones colectivas son las que verdaderamente trascienden; nada importante se construye en soledad.

Por eso, este reconocimiento lo recibo con gratitud, pero también con la plena conciencia de que pertenece a muchos: a mi amada Vivian, compañera de toda una vida, mi raíz y mi sostén; a nuestros adorados hijos Carlos, Tere y Tania; a nuestros yernos Edy y Víctor; a nuestros pequeños nietos Sam y Judy, todos ellos son la razón más honda de cuanto hago; a mi Padre, Z”L, que me marcó con su ejemplo de trabajo arduo, vocación de servicio y amor por la comunidad; a mi Madre, mi faro y mi inspiración por su inagotable curiosidad intelectual, su aguda sabiduría y su alma libre; a mis hermanos y mis primos, por respaldar siempre y sin cuestionamientos mi labor; a mis amigos; a mis compañeros de labor y de camino en múltiples causas, y a las diversas instituciones, a sus voluntarios y profesionales que me han permitido servir, aprender y crecer en ellas.

Todo lo que he buscado construir tiene un propósito muy claro: contribuir, aunque sea modestamente, a que nuestros hijos —y ahora también nuestros nietos— puedan vivir en un mundo mejor. Un mundo donde la comunidad no sea un espacio pasivo de pertenencia, sino

un proyecto activo de responsabilidad compartida. Un mundo donde la educación no solo prepare para vivir, sino que enseñe a vivir con sentido.

En nuestra tradición el *Pirkei Avot*, la Ética de los Padres, nos recuerda que “No estás obligado a completar la obra, pero tampoco eres libre de desistir de ella” (Pirkei Avot, 2:16). En esa enseñanza hay una verdad profundamente exigente, pero también profundamente esperanzadora. Nos recuerda que la grandeza no está en terminar la tarea, sino en asumirla; que el sentido no está en llegar, sino en construir.

Hoy recibo este honor con gratitud, pero también con absoluta claridad: esto no es el epílogo de una trayectoria. Es una pausa en el camino, un llamado a redoblar el compromiso y una invitación —personal y colectiva— a asumir con seriedad la responsabilidad de nuestro tiempo.

Porque el verdadero reto no es preservar lo que hemos heredado, sino ser dignos de aquello que decidamos transmitir. Y eso nos obliga a hacernos una pregunta incómoda, pero inevitable: ¿Estamos formando comunidades que realmente sepan incluir, dialogar y construir... o simplemente estamos administrando inercias que nos dan tranquilidad, pero no futuro?

El mundo que van a habitar nuestros hijos y nuestros nietos no se va a definir por lo que dijimos, sino por lo que tuvimos el valor de transformar. Por eso, el llamado es claro: a educar mejor, a liderar con mayor valentía y a construir comunidades más abiertas, más relevantes y más humanas.

Si lo hacemos, no habremos resuelto todos los desafíos —ni nos corresponde hacerlo—, pero sí habremos cumplido con nuestra parte. Y tal vez, dentro de algunos años, cuando nuestros hijos —y los hijos de ellos— miren hacia atrás, no recordarán nuestros cargos, ni nuestros títulos, ni nuestros reconocimientos. Recordarán algo mucho más importante: Si tuvimos —o no— el coraje de cambiar lo que sabíamos que debía cambiar.

Ese es el compromiso que hoy asumo ante ustedes, y esa es la responsabilidad que, con humildad, los invito a compartir. Muchas gracias.

--ooOoo--